

José Saramago cronista de sí mismo

Gabriel Jaime Alzate

Universidad de San Buenaventura

Señor José Saramago:

He sabido de usted por muchos libros, hermosos todos, escritos según siento, desde lo más profundo de su vida; escritos desde el dolor y la pasión que para usted significan pertenecer a este mundo y ser, en él, un hombre. Hoy quiero que hablemos sobre dos de ellos en especial, aunque por momentos sintamos la urgencia de desviar camino y nos refiramos, de paso, a otras de sus obras. Le prometo, que no serán muchos los cortes en el camino, apenas el respiro necesario para cambiar de aire, para beber un café. Es que en estos asuntos del corazón, un cierto desorden conviene para equilibrar la vida. Hablemos entonces de sus libros de crónicas *De este mundo y del otro* y *Las maletas del viajero*.

Después de leerlos, he sentido que construye un testamento cotidiano a partir de tres momentos supremos: observar, conversar y contar. Y estos tres momentos esenciales pueden sintetizarse en dos instancias, los otros y ese hipotético lector que he de llamar yo. Ese testamento se ha edificado desde la voz de los demás y se convierte, para el lector, en obligado interlocutor. Nos construye en el diálogo, mientras usted permite que el mundo le hable, le cuente y descubre lo elemental de la vida en esas voces.

Allí, por fin, pude hallar respuesta a la pregunta de aquel viejo zapatero con quien usted, siendo apenas un mozalbete, acostumbraba pasar días enteros entre charla y charla. Sí existe la pluralidad del mundo, y lo confirma el concierto de voces que resaltan la diferencia. Desde allí, usted como escritor levanta vuelo para construirse en los sueños, imágenes y paisajes que conforman su ciudad, la niñez, la familia, los amigos y las noticias de otras tierras.

Visto desde la infancia, y si esa infancia se queda de alguna manera a flor de piel aunque la edad avance, el mundo es una constante interrogación, un misterio al cual tratamos de acercarnos en todo momento aunque sólo sea para hallar que el camino recorrido por los otros resulta amén de atractivo, paradójico. Es ahora cuando entiendo la esencia de la vida de su abuela quien encarnaba al mismo tiempo todas las preguntas y ninguna respuesta; y aunque esa mujer no tuviera idea de filosofías, ni de políticas, ni de ciencias, había logrado instalarse en el mundo con tal fuerza que iluminaba a su nieto, a usted vuelto ahora hacia la niñez. En todo el curso de esa vida de secretos en que abundaba la sabiduría, aquella mujer tenía todo el derecho de sentarse en las noches a mirar las estrellas y a decir, mientras sus palabras eran toda una afrenta al universo, al pasado del hombre y al futuro mismo: "¡El mundo es tan bonito, y me da tanta tristeza morir!".

En este justo instante, despidiéndose, le indicaba, José, que esos momentos era preciso retenerlos entre las manos a fin de mantener el equilibrio que en lo porvenir necesitaría para ir con la mirada en alto por el mundo.

Uno se despide cuando ya no queda otra alternativa. Lo demás son "hasta pronto" que va dejando por ahí, de casa en casa y de rostro en rostro. De esta manera las palabras que decimos no son más que una reafirmación de nuestra presencia. Estaba su abuelo Jerónimo, ¿lo recuerda? "perdido bajo una espesa capa de imposibles", como dice usted. Su abuelo de un momento a otro resuelve sin palabras, en medio de un silencio que abarca toda la vida, tender un puente hacia

el pasado, hacia su figura de hombre férreo y actúa bajo un aire de premonición total; y lo ve ir por el huerto de árbol en árbol, abrazando a los troncos, despidiéndose de ellos, agradeciéndoles sus frutos, la vida que le dieron. Y luego, Jerónimo irá a la ciudad para morir en una clínica. ¿Cómo no decirle ahora a Jerónimo, el bien que harían unos cuantos huertos, y quién sepa agradecerles sus frutos? No importa, usted ha dicho “no es bueno mirar para el pasado”, y, sin embargo, ambos sabemos que cuando se construye un Centro Comercial con sol, luna y lluvia falsas, el hombre ha comenzado a negarse a sí mismo, niega la vida y sobre todo la memoria.

He tratado de verlo siempre según lo que ha dicho en los *Cuadernos de Lanzarote*: “ciertamente, tendrá que buscarme en estas crónicas quien de verdad me quiera conocer”. Para entonces, pensaba yo que tanto oficio de la memoria tenía que darme pistas para hallarlo como una proyección del pasado que iba edificándose a través de sus obras: los dos abuelos estaban ya en usted y luego en las crónicas; mientras edificaban la memoria de los demás, acumulaban datos, observaban cada noche en un ejercicio lleno de pasión. Ahí ya se gestaba Don José el escribano de *Todos los nombres*, su paciencia, su entrega, su amor desbordado por el oficio, ese oficio que le permitía crear partiendo de datos y fechas, vida. Trabajaba con esos elementos para erigir y recuperar memoria.

Recuerde, José, ese niño que espiaba tras los cristales de las ventanas de su casa cuando pasaba el afilador tocando la siringa. Las imágenes de un momento a otro, aliviaban del día y contribuían a sostener la vida. Esas imágenes hacían hablar a los objetos a través de la gente y la relación que establecían con ellos. Por eso usted temía a ese afilador, porque luego de que los cuchillos pasaban por su mano experta, daban la inquietante impresión de cobrar vida, de ponerlo todo en tela de juicio. Ese sortilegio permitía a su imaginación suponer en adelante todo lo que podía suceder con los cuchillos cuyo acero refulgía, cuyas puntas y filos despedían un aire de peligro. La siringa del afilador, José, pasó por la infancia sin que ahora

vengamos a preguntarnos, ¿quién era aquel señor? Los significados latentes en las acciones de los hombres van más allá y permanecen en los objetos que estos tocan.

Fíjese a dónde llegamos: si usted supiera las veces que hube de salir a la puerta de nuestra casa en el barrio Laureles de la ciudad de Medellín, a esperar el paso del afilador, llevando entre mis manos las tijeras utilizadas por mi madre para cortar las piezas de tela que más tarde convertiría en hermosos vestidos. Esperaba sentado en el muro del jardín mientras miraba cómo ese hombre daba vuelta a los filos, los convertía en forjadores de vestidos. Y, bien mirado, los convertía en nuestro pan, en nuestro estudio, porque vivíamos de las confecciones que hacía mi madre! El hombre pedaleaba, su esmeril se movía, y de cuando en cuando hacía sonar su flauta de cañas cortadas.

Los objetos resultan maravillosos según quien los mire porque para eso están allí frente a nosotros, para que cobren vida cuando alguien al pasar repara en ellos y los habita con su mirada. Supongo que usted siente la urgencia de dar testimonio del mundo mientras lo descubre. De esa manera sus crónicas le permiten habitarlo a través del lenguaje con el que las construye, el mismo lenguaje que le permite contarse a sí mismo. Tal vez por eso usted recomendaba alguna vez a un amigo a quien se le dificultaba leer alguna de sus novelas, que primero lo hiciera en voz alta, que leyera dos o tres páginas de esa manera hasta que adquiriera el tono, el ritmo de lo escrito como alguien que se contaba y dejaba que le contaran. Porque cuando uno lee también se cuenta desde el que escribe.

Basta que el paisaje se muestre de repente y por un instante a través de un objeto para que un niño lo descubra y la vida se llene de sentido. A lo mejor usted sentía esa intensa emoción cuando subía a un tren y veía cómo desfilaba el paisaje y todo comenzaba a transformarse en virtud de la velocidad, del movimiento que el mismo tren parecía imprimir a todo. Así llego a aquella crónica en que se conjugan una madre, un tren, un puente y un niño asombrado: ¿cuántos viajeros habían con-

templado antes ese puente que ahora un niño ha convertido en atracción? Todos lo han visto bajo la misma noche, pero sólo la voz del niño rompe la unidad de lo cotidiano, esa unidad de aquello que no quiere, o que no pretende ser puesto al descubierto, y no porque el puente se esconda en su belleza a los ojos de los demás que lo cruzan, sino porque los ojos de los demás no están preparados para verlo. El niño los pone en evidencia. Y los mayores lo hacen callar.

Ese puente, cualquier puente, ha sido visto tantas veces y ahora no merece un asombro. Pero el anonimato de las simples cosas es quebrado por el alma del pequeño. En ese mismo momento el niño se asume como cronista y da testimonio de lo que acaba de descubrir al preguntarle al puente qué hace allí, porqué no se había manifestado antes, en dónde se hallaba.

José, sus crónicas, reconstrucción de su vida, permiten ver cómo la infancia habita el mundo y, además muestran, que si en nosotros permanece alguna parte de la infancia ésta constituye una permanente manera de tomarse unas vacaciones, de viajar y partir siempre rumbo a tantos sitios, o como usted dice para referirse a esa época: “cuando el mundo estaba por descubrir —y el mundo cabía en el círculo que los ojos trazaban.” Esas vacaciones son como la marca de agua que se renueva en el papel, y permiten pensar cuáles han sido para usted los asuntos esenciales; lo que usted, José, llama “la verdadera genealogía del hombre”.

Estas historias están habitadas por el viaje del hombre. Desde allí usted avizoraba mucho de lo que luego aparecería en sus novelas. Siempre ha puesto tanto empeño en los viajes, en el movimiento. De sus novelas me ha impresionado sobre todo el continuo ir y venir de los hombres de un sitio a otro mientras se construyen desde el interior más profundo de sus vidas. Todos son, de alguna manera, viajeros. Viajeros Baltazar y Blimunda; viajero Don José que va y viene entre archivos, y recupera y busca vidas; viajeros del horror el médico, su esposa, la mujer de los lentes oscuros, el viejo de la venda y el niño

en el *Ensayo sobre la ceguera*; viajero Jesús en el *Evangelio*, viajero a pie en compañía de María Magdalena... ¿Acaso *La balsa de piedra*, no es la maravillosa historia de un viaje? Y podría seguir, pero el camino es largo.

¿Recuerda cuando nos contó cómo logró recuperar el rostro de piedra de su antepasado bereber? Cada rostro detenido por la memoria en el tiempo es recuerdo y reconstrucción de lo que él era. La verdad es que esos antepasados han llegado a nosotros a fuerza de imágenes y de palabras, nos han sido contados, nos los han transmitido. Esos sueños que parece vinieran desde muy lejos, o los rostros que creemos haber visto en alguna parte. Somos ellos y son nosotros.

Por eso nos habituamos a contarnos, o nos vemos empujados por la necesidad interior de contarnos a toda hora. Tal vez sea esa la razón por la que ahora le escribo. ¿No dice usted en sus *Cuadernos de Lanzarote*, que "somos cuentos contando cuentos, nada?". Pues bien, señor Saramago, allí está el sentido del testamento mencionado al comienzo de esta carta: se trata de un cuento que se cuenta, un rostro. ¿Cómo no recuperar al abuelo que la noche de su boda hubo de esperar sentado a la puerta de su casa a que llegaran los rivales a desbaratarle el techo a pedradas en venganza por haber sido él quien había logrado el amor de aquella hermosa mujer? Recuperamos el retrato, la imagen, para lograr ser quienes somos, pero también para sentirnos el otro: el niño, el abuelo. Y para construir nuestra propia historia, porque déjeme decirle que esos relatos orales nos arraigaron a la tierra, a la patria, a nuestros mayores.

Ahora, quiero hacerle otra pregunta, y disculpe, pero voy en busca de su infancia a fin de recuperar lo que resta de la mía mientras escribo: ¿qué parte de su niñez recuperada, José Saramago, anda aún por los bosques? Sólo los niños son capaces de hacer la promesa que usted hizo cuando, junto con su tío, llevaba a vender los cerdos y el camino de pronto fue noche; mientras la lluvia, cerrada en torno a ustedes, se negaba a tocarlos. La infancia se queda, dijimos antes, cuanto el hombre lo desee y mientras la necesite. A veces, pienso, muere

primero el hombre que la infancia que lleva dentro y no ha tenido oportunidad de manifestarse, ser con él en el mundo. Y usted hizo la promesa: "no moriré nunca". No somos más que huella y rostro en la tierra, así logramos detener los sueños. Usted sigue siendo ese niño inmortal que descubre en sus novelas al hombre que lucha, al hombre que se niega a la estupidez del mundo. En días pasados, hablaba con mi amigo Harold Kremer acerca de estos detalles en su obra y él me decía que no en vano hallábamos en ella personajes tan profundos y humanos como aquellos de *Ensayo sobre la ceguera*; esos hombres y mujeres que sólo estando ciegos pueden ver plenamente la realidad. Decía también mi amigo que Don José, en *Todos los nombres*, plasmaba la lucha por construir una historia, por dejar de mirar a la humanidad como folios y números, y agregaba que era sorprendente y bella la actitud de un hombre como Sietesoles, que sin entender nada de física asumía el acto de volar como algo fundamental para la humanidad. Todos ellos, concluía mi amigo, soñaron porque asumieron el mundo con la curiosidad de un niño. Y en todas esas historias alientan el sueño de Saramago niño. Lo demás es el mundo de los mayores que se han instalado en el olvido, en la necesidad de olvidar.

Usted debe recordar el poema de Cavafis sobre la ciudad. Leyendo sus crónicas he tenido presente ese poema y me he dado cuenta que descubrir la ciudad, inventarla o vivirla, resulta siempre posible porque la ciudad, como la infancia, siempre va con nosotros, nos pertenece. Es la misma idea del viaje, y quizá sus dos libros de crónicas sean a este respecto los más claros ejemplos: también puede viajar sin necesidad de desplazarnos de un sitio a otro. De la misma manera que crecemos, viajamos por las diferentes edades sin abandonar al niño que alguna vez fuimos. La ciudad la vivimos más allá de nosotros porque va en cada uno como la infancia, porque su compañía vivifica en el recuerdo y en la imagen que permite recrear los instantes y evocar los momentos esenciales de la vida. Esa misma impresión tuve al leer *La balsa de piedra*, porque

allí todos llevan su ciudad a la espalda, porque ninguno deja de ser lo que fue en medio del desarraigo constante, porque su identidad la han logrado gracias a la ciudad.

La ciudad es como la canción entonada por el muchacho en el tren que, sin saberlo, le da una mano de esperanza al viejo triste que viaja en el mismo vagón. El viejo descubre de repente algo: la música es de los dos y pertenece a ambos. Lo sucedido esa mañana era algo que había despertado de improviso en aquel hombre viejo; porque un hombre, don José, puede leerse en la esperanza de otro, en la canción que no canta, pero que decide hacer propia. Esa canción es semejante a Lisboa mientras duerme y se construye a través del sueño de los demás, pues usted ha decidido recorrerla y, fíjese en lo peculiar de esta crónica, es usted quien desanda la ciudad por los otros y, al mismo tiempo, la recompone en su ansiedad, en las manos que desean aferrar ardientemente al mundo, las manos del hombre que siente que no existe nada que pueda ser considerado como insignificante.

La ciudad crece y a paso seguro va adentrándose en ella. Vamos de la noche al día, y usted, ya instalado en otra crónica ha recogido del estanque de Rossio una botella que contiene un mensaje. Los demás transeúntes permanecen ajenos a su gesto, y entre tanto siente el acoso de las preguntas, o al menos esa ha sido mi impresión: ¿qué dirá el papel que contiene la botella, quién la tiró al estanque de Rossio? Al fin, rota la botella leemos: "¡Socorro!". Ah, quién supiera qué mano escribió esa palabra. Ambos sabemos, José, de qué hondura humana colectiva provenía esa exclamación que, hecha trizas, se pierde en la ciudad.

En los *Cuadernos de Lanzarote*, su amada isla de fuego y piedra, usted dice: "vivimos para decir quiénes somos". En esa afirmación reside la pregunta por la esperanza, por el sentido de la vida de quienes cruzan a nuestro lado; se trata del destino de los actos humanos que usted plantea en la crónica sobre los navegantes perdidos en el océano: el mundo entero ha decidido unir fuerzas para salvarlos y traerlos de nuevo a tierra. Usted deja una luz, una puerta entreabierta para que

hallemos lo esencial de nosotros; nos pregunta qué será necesario para que alguna vez nos atrevamos a preguntarle al hombre que pasa a nuestro lado, “¿estás perdido, amigo?”

Contar es un aprendizaje que involucra a los otros, es un acto personal que no puede dejar a nadie por fuera. Contar es, además, saber escuchar, y también, la necesidad de escuchar. En este sentido, y vuelvo a la memoria de su obra, señor Saramago, hallo otro elemento que ya anticipa muchas cosas de sus novelas: contar es admitir que puede haber varias posibilidades, varias tonalidades y sesgos en los que cuentan. Contar de este modo es poner en tela de juicio los totalitarismos, las verdades únicas, reveladas. Es, en sus palabras, *La historia del cerco de Lisboa*. Es, si bien he entendido, Don José, un aprendizaje que pregunta por el otro y que no quiere limitarse a la autocomplacencia del recuerdo; por ello las preguntas de sus crónicas se abren como invitación al viaje del lector por el mundo que es necesario ver y que no ha sido visto, porque en la vida cotidiana de los hombres hay tal carga de sentido que de pronto nos vemos obligados a contemplarlos, “terriblemente humanos como sólo se es en la muerte”.

A partir de la lectura de sus crónicas entendí que es preciso ser descubierto por la voz de los otros, y existir de esa manera. Es posible que esas voces, ajenas sólo en apariencia, a veces anónimas y otras hechas nombre, cuerpo y escritura, conduzcan a cada personaje en busca del sentido de su vida. Esto me lleva a pensar en el músico ciego que marcha anónimo con su organillo y no se cree capaz de ser realmente escuchado en lo que de músico, de creador hay en él, y de un momento a otro es descubierto por la voz de una mujer que desde una ventana le grita que es todo un artista. Es una escena callejera, pero de escena callejera pasa a convertirse en un instante crucial para la vida de ese hombre: fíjese usted cómo cobran vida y sentido la música y el intérprete por el sólo hecho de una simple voz que les confiere, al descubrirlos, un lugar en el mundo.

Bien, hay otras cosas de las que es preciso que hablemos. En los últimos tiempos he pensado en un comentario suyo

que aparece en los *Cuadernos de Lanzarote*, y que hace a propósito de la lectura de *Jazz*, la novela de la escritora norteamericana Toni Morrison, y de un hecho de sangre sucedido en París, que involucraba a una pareja de novios y a un tercero. Usted dice: "lo imposible sucede siempre, sobre todo si es horrible". Entonces, en cierta forma, me veo obligado a romper de manera brusca la continuidad de lo que he venido contándole al encontrar una estricta correspondencia entre lo que dice sobre estos hechos y algunas de sus crónicas, dos de ellas en particular, y que siento pueden convertirse en la otra cara, en la otra voz de los seres humanos. Estas crónicas son, "La nueva Verónica", lo que dejó el hombre luego de Hiroshima, y "¡Salta, cobarde!", pues me gustaría hablar de Jürgen. Las he citado no en orden de prioridades, porque no creo que aquí ese tipo de ordenamiento sea sensato, sino más bien de acuerdo a la forma como se presentaron a mi memoria y porque en ellas la otra cara de los hombres ha quedado impresa con tal fuerza que nos apabulla al leerlas.

Usted sabe, José, que aquella pared de la ciudad de Hiroshima en la que aparece la sombra del hombre fulminado por la explosión atómica, nos habla de cómo el ser humano ha logrado otra manera de comunicarse con sus semejantes desapareciéndolos por medio de la muerte. El pobre hombre no ha podido encontrar otra forma de ser escuchado y recurre a la violencia; desaparece el hombre, pero el dolor que ha ocasionado permanece: porque el dolor es, en sí mismo, un grito airado contra el desvarío de los hombres.

"La nueva Verónica", es la sombra de la muerte contra la pared, el rostro del otro que es también clamor humano. Hay momentos en los que uno desea saber con vehemencia en dónde se halla el justo medio entre las preguntas por la esperanza y las preguntas que no tienen respuesta alguna; creo, sin embargo, que aunque esa respuesta tiende a evadirse, se halla siempre cerca de lo que constituye el sufrimiento de los hombres, algo que para mí continúa presentándose cada vez con mayor fuerza y de manera más incomprensible: ¿Porqué solazarse con el dolor de los otros?

Tratemos, por ahora, de no pensar en su crónica del hombre de Hiroshima y en su sombra que grita, y recordemos a Jürgen, el joven alemán que ha decidido suicidarse y, quizás sin proponérselo, logra convocar una multitud junto al edificio desde donde aspira saltar al vacío. Voy a contarle las preguntas que me asaltaron mientras leía su crónica: ¿Porqué se detuvo la gente y aguardó allí? ¿Qué esperaban de Jürgen? ¿Eran conscientes de ambos actos, el del suicida y el de los espectadores? Jürgen vacila, recapacita, fuma, vuelve sobre sus pasos, empieza a descender. Ha decidido que no saltará.

En todo este tiempo no se me ocurrió pensar qué lo había llevado a tomar la decisión de matarse, me hallaba pendiente de los otros; fíjese usted, me importaban más los otros en ese momento y todo, creo, porque sentía algo extraño en ese espectáculo, algo repulsivo en la gente congregada allí, dispuestos a presenciar la muerte de un hombre. Y, he aquí que se convierten, en virtud de su ser de espectadores, en verdugos, en victimarios. Era preciso que Jürgen muriera, que alguien actuara de alguna forma por ellos. No sé si me explico, necesitaban una víctima distinta a ellos mismos, que —supongo— de algún modo muy especial ni se soportaban a sí mismos: cuando uno no puede destruirse tiene que destruir a otro. Una lógica absurda pero que no deja de ser posible. ¿Se da cuenta? Acabaron con Jürgen y se fueron a casa. Y en todo ese tiempo parecía que nada hubiera sucedido. La vida seguía su curso, pero el dolor y la muerte quedaban.

No creo que sea justo terminar con esas dos crónicas mi correspondencia, al menos por ahora, y sobre todo porque desde un comienzo todo auguraba una imagen feliz del mundo mirado con los ojos de la infancia y la memoria. Sin embargo, sus crónicas han resultado para mí llenas de un particular sentido, porque a través de ellas ha podido hablar conmigo, y ha logrado escucharse como quien necesita repetirse que todo aquello hallado en el camino de la vida es, en efecto, real. Nos contamos la vida y los recuerdos, de la misma manera que yo le he escrito esta carta, para buscar algún remedio en las pa-

labras, para no olvidar jamás que somos testigos, que la crónica es testimonio de vida y que resulta preciso convencer-nos de que tanta verdad, tanta belleza y tanto dolor, sólo pueden ser creados por el corazón del hombre.

Hasta otra ocasión, señor Saramago.